

## TRANSITO

Seguramente ninguna de las formas del arte en literatura es más simpática ni más seductiva que la novela: ella despierta vivísimos recuerdos de felices días; levanta la imaginación hacia las alturas de un ideal; entretiene y alivia el espíritu, cargado casi siempre con el peso de las complicadas faenas y preocupaciones de la vida; fecunda a las veces las semillas que deja en el corazón una tristeza saludable, descubriendo a las miradas del lector unos horizontes que no conocía, y analizando ante su mente los sentimientos y pasiones, el carácter y las costumbres de los hombres, le ofrece frecuentemente fecundas enseñanzas.

Pero para que la novela tenga estas buenas condiciones, es necesario, ante todo, que sea noble en sus fines y sus formas; que alfe y armonice la verdad de los hechos humanos, tales como son, atenta y lealmente observados, con la *verdad ideal*, esto es, con la verdad necesaria y suprema que solicitan y persiguen las almas honradas; que sea una obra de imaginación y *arte* y al propio tiempo una obra de *razón*; que contenga la imagen fiel de las pasiones y los caracteres, en la medida de lo honesto, y sin apartarse un punto de propósitos morales; que tienda, en fin, no a exhibir en toda su desnudez y fealdad, ni menos a hacer amables las miserias y torpezas del ser humano, cuando cae en la insania de su debilidad, sino antes bien a investigar, dignificar y glorificar las excelencias

de que es capaz el alma en sus mejores movimientos.

Así entendida y escrita la novela, deja huellas más profundas que el poema y la historia, la tragedia, la comedia y el drama, porque es más simpática, impresiona más vivamente, reúne en sí sola gran parte de los tipos de las demás formas literarias, y al par que entretiene y encanta, educa y moraliza. De ahí el particular agrado con que leemos una obra de esta especie, sobre todo cuando es nacional; cuando nos induce a confirmar la estimación que tuvimos por el autor, como amigo, compatriota y hombre de claros talentos, y cuando contiene cuadros que nos hacen repasar con la memoria y rever con la imaginación unas escenas que fueron encanto de nuestra juventud, porque las vimos desarrollarse en los valles y ríos, pueblos, llanuras y campestres cortijos de la tierra natal.

Pero si la novela, cuando buena, contiene de suyo encantamientos que seducen, tiene además, para Colombia, el mérito particular de ser una de las más comprensibles y útiles formas de la literatura, si pertenece al género de las de costumbres y caracteres. En un país como el nuestro, donde la sociedad está todavía como en formación, donde hay notable variedad de razas y el espíritu democrático y republicano ha estado en constante lucha para sobreponerse al poder de los elementos históricos, y donde la suma diversidad de la topografía y de los climas necesariamente genera gran diversidad de tipos sociales y de caracteres, costumbres, usos y manera de ser de las gentes: en este país, decimos, la novela está llamada por los hechos a hacer más importante papel literario que las obras dramáticas, que los poemas épicos y líricos y que la historia misma. Al apoderarse de

los mil y mil cuadros interesantes que ofrecen en todo Colombia la naturaleza y la sociedad, y enlazarlos y exhibirlos con arte, y hacerlos servir como múltiple espejo de la verdad, y encaminar esta exhibición a nobles fines, la novela no puede menos de ser de sumo interés para quienquiera que desee conocernos y darse cuenta del modo particular con que nuestra sociedad se desarrolla, al propio tiempo inspirada por ideas nuevas, aguijoneada por la necesidad de crearse nuevos intereses, y obligada a contar con los rudimentarios o dificultosos elementos que la rodean.

*Tránsito* llena, en nuestro sentir, las condiciones propias para hacer agradable y noble una lectura y despertar en el alma impresiones que la mano del tiempo parecía querer borrar de la memoria (1). El plan de la novela recientemente publicada por el señor Silvestre es sencillo y natural; la trabazón carece de artificiales complicaciones, y hay en ella fácil engarce de muchos cuadros de costumbres tolimenses y cundinamarquesas, en cuyo fondo se ponen de relieve unos cuantos caracteres trazados con verdad. Nótase en todas las páginas del relato una especie de serenidad suave y amable, aunada a un *arte natural* con que se da interés aun a los menos dramáticos episodios; y en toda la pintura de la plebeya pero simpática heroína, reina una exquisita delicadeza de contornos, perfiles y aun colorido que hace amar y estimar a

---

(1) Novela de costumbres y tipos nacionales, por don Luis Segundo de Silvestre, 1 volumen de 211 páginas en 12º Bogotá. 1866. Imprenta de Silvestre y Compañía. Este artículo fue escrito y dado al *Repertorio*, cuando acababa de salir a luz la obra, poco más de un mes antes del deplorable fallecimiento del señor Silvestre. Hemos tenido, por lo tanto, que modificarlo en parte.

la honrada y laboriosa hija del pueblo, siempre dominada por la ingenuidad del sentimiento.

Tan verdaderos son los cuadros trazados por el señor Silvestre, que para nosotros, hijos nativos del alto Magdalena o del Tolima, y adoptivos de Bogotá, cada uno de ellos es una evocación. En nuestra juventud hemos oído contar en los patios, al amor de la luna, los jazmines y emparrados, las consejas populares relativas al *Mohán* o *Moján*, al *Poira* y la *Madre del monte*, a los *Tunjos* o gnomos y duendes, a la *Candileja* y a otros espíritus buenos o malos; hemos tomado parte en las corridas de gallos y caballos del *San Juan* y del *San Pedro*, y hasta del *San Churumbelo*; hemos navegado muchas veces el Magdalena, entre Neiva y Honda, en balsa o canoa, y dormido en *ranchos* y *caneyes*, o en las ardientes playas, a la pampa; hemos vivido como el autor hace vivir a muchos de sus personajes en Girardot; estuvimos sentados algunas veces a la hospitalaria mesa del inmejorable caballero inglés señor Crosthwaite (el propietario un tiempo de la factoría de Nariño); hemos pasado apuradas crujías de viajero en el Saldaña, el Coello y otros ríos; hemos visto las iniquidades de malos hacendados y *caciques* de pueblos, abrumando impunemente la miseria de labriegos desvalidos y persiguiendo la virtud de muchas *Tránsitos*; hemos observado muy de cerca la vida del *cosechero* de tabaco y de la cigarrera, y aprendido a estimar el tipo de la *yapanga* o *cinturera*; y en fiestas libres y populares como las del Guamo y Purificación, de Ibagué y Ambalema, así como en *herranzas*, *pesquerías* y otras diversiones, hemos visto en su plena florecencia de vida ardiente, llena de pasión y candor y sin disimulo, al amable,

hospitalario y honradote pueblo de las llanuras del Tolima.

Como todo eso lo conocemos y lo hemos *vivido*, las escenas de *Tránsito*, lejos de habernos cogido de nuevo, han sido para nosotros como las de un cosmorama, por largo tiempo retenidas en la memoria. Podemos afirmar que todas son absolutamente reales, así como lo es el lenguaje de todos los actores. El primoroso tipo de *Tránsito*, idealizado y todo como aparece, está magistralmente copiado del natural; el tipo del protagonista está correctamente delineado y bien sostenido; los *balseros* o bogas Cipriano Quimbayo y Juan Briñes, son tan *auténticos* en absoluto, que podemos decir que hemos viajado en balsa o en canoa con ellos; la ventera del puerto de Purificación, el Matías y la Damiana que viven sobre la barranca de la confluencia del Luisa y el Magdalena (donde dormimos en 1854, en campaña), y los dueños del caney donde el protagonista fue amparado tan generosamente después de su naufragio en el río, son retratos fotográficos; *Endimión* es la representación de uno de tantos jóvenes de buena ley, caballerescos, impresionables, agudos en el decir y de humor alegre, que produce la sociedad sana de Bogotá; el tío del protagonista —director de la factoría de Girardot— es un hombre severamente campechano, austero y bondadoso, incansable en el trabajo e inflexible en su espíritu de orden y moralidad, como hay tantos entre nuestros negociantes de Cundinamarca; *Urbano*, que por ningún título merece su nombre bautismal, no es una fantasía, sino un verdadero hijo de cacique hacendado, de aquellos que campean por su insolencia y corrupción en nuestros pueblos; y otros de los personajes subalternos son individuos con

quienes todos hemos tropezado por esos mundos de Dios.

Dos palabras acerca del lenguaje, el estilo y el arte de *Tránsito*. El autor, que conocía y manejaba bien nuestra lengua, dio un gracejo particular a su obra, y fue el de encabezar cada capítulo con un refrán español bien traído y aplicado, a manera de título, con lo que aumentó la simpatía del lector y le aguijó la curiosidad. Todo el lenguaje es sencillamente castizo y elegante, si del narrador, o gráficamente popular, si puesto en boca de labriegos o *balseros*, sin que se noten en uno ni otro frases o palabras rebuscadas; y el autor huyó de la declamación y de los retruécanos de mal gusto, aficionado siempre a la naturalidad. Parécenos impropio de esta novela tan nacional el nombre de *Endimión*, siquiera sea dado como apodo familiar o designación postiza; pero fue un simple capricho del autor, que no alcanza a ser lunar.

Hubiéramos querido que el señor Silvestre, tan seriamente observador como era, hubiese ensanchado sus cuadros de la factoría de Girardot y del río Magdalena, en los que había materia para muy curiosas descripciones de escenas de costumbres; y también hubiéramos deseado mayor número de pinceladas para pintar espléndidas vistas de nuestra naturaleza tropical, tales como la que trazó el autor, a grandes rasgos, en el capítulo VIII, desde la cumbre del cerro de la *Culebra*. Pero échase de ver que el señor Silvestre escribía con timidez, sin tener plena confianza en sus aptitudes de paisajista y narrador, patentes en toda la novela. Por lo demás, él puso de manifiesto una agudeza templada por la moralidad y compostura, y una gracia en el decir que sabía contenerse en los límites de la discreción.

En suma, *Tránsito* es una buena obra de arte y, sobre todo, una *buena acción*. Deseábamos que tal *Tránsito* lo fuera no solamente como novela, sino también como camino hacia la gloria que el señor Silvestre podía alcanzar escribiendo algunas o muchas obras como ésta; y para expresar del modo más sencillo y fraternal nuestra impresión y nuestro concepto, le habíamos pedido que soltase por un instante su donosa pluma, para recibir de nosotros un cordial apretón de manos que lo dijera todo.

Quién nos hubiera dicho que la publicación de la preciosa novela, era el preludio del tránsito repentino, de la tierra al cielo, que iba a hacer muy en breve el novelista. Silvestre fue durante más de veinte años de su vida, mártir de doméstico infortunio y sufrió cruelmente en su salud, siempre amenazado por la muerte. Su vida fue no solamente la de un caballero y hombre de bien, sino la de un santo; y tanto amó la luz y el trabajo mental, y la justicia y el bien de la patria, que, no obstante lo mucho que sufrió y los dolorosísimos y constantes deberes que su situación doméstica le impuso por muy largos años, halló modo de comprobar como soldado voluntario, como amante y cultivador de las letras, como periodista y como magistrado judicial, cuán religioso y noble era el culto que tributaba en todo caso a lo justo, lo verdadero, lo bello y lo grande.

No se tiene ni tendrá cabal idea de la pérdida que las letras colombianas han hecho en la persona de Luis Segundo de Silvestre. Su clarísimo talento crítico y narrativo, su espíritu de observación lleno de perspicacia y sagacidad, su conoci-

miento de la lengua y el sentimiento de inquebrantable rectitud con que formaba sus juicios, hacían esperar mucho de su bien inspirada y correcta pluma. *Tránsito* y otras producciones literarias recientemente publicadas, nos dieron algo de la medida de los talentos de Silvestre. ¡Deploramos su fallecimiento, por el vacío que él ha dejado, bien que bendiciendo la inescrutable voluntad de Dios!